

EL FÍGARRO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 18 DE AGOSTO DE 1895

Num 17.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi *Víctor Jerez*

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

Co-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

Ojos verdes

Ojos que nunca me véis
Por recelo ó por decoro,
Ojos de esmeralda y oro,
Fuerza es que me contempléis:
Quiero que me consoléis,
Hermosos ojos que adoro;
Estoy triste y os imploro,
Puesta en tierra la rodilla,
¡Piedad para el que se humilla,
Ojos de esmeralda y oro!

Ojos en que reverbera
La estrella crepuscular,
Ojos verdes como el mar,
Como el mar por la ribera,
Ojos de lumbre hechicera,
Que ignoráis lo que es llorar,
¡Glorificad mi penar!

No me desoléis así!
¡Tened compasión de mí!
¡Ojos verdes como el mar!

Ojos cuyo amor anhelo
Porque alegran cuanto alcanzan,
Ojos color de esperanza
Con lejanías de cielo.
Ojos que á través del velo
Roban bienaventuranza,
Mi alma á vosotros se lanza
En alas de la embriaguez,
Miradme una sola vez,
Ojos color de esperanza.

Cese ya vuestro desvío,
Ojos que me dáis congojas,
Ojos con aspecto de hojas
Empapadas de rocío.
Húmedo esplendor de río
Que por esquivo me enojas,
Luz que la del sol sonrojas
Y cuyos toques son besos,
Derrámate en mi por esos
Ojos con aspecto de hojas.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

De mi libro azul

¡El primer amor, la primera novia, la primera carta, llena de lirismos zurdos, deslizada por el balcón, al favor de la obscuridad que reina en la calle! ¡Qué deliciosos recuerdos! ¡Qué amables, qué felices remembranzas!.....

Hoy mañana, me levanté alegre, lleno de gozo, jovial. Me senté á la mesa de labor con tantas ganas de trabajar que hubiera sido capaz de escribir un libro de una sola sentada. El encargado de recoger los materiales para el periódico, llamaría á mi puerta á las diez. "Trabajemos"—me dije. Y la pluma corría sobre el papel; rápida, en galope, forjando la historia de un amor. ¡Ah! recuerdos de la infancia! ¡Recuerdos de esa edad feliz pasada ya! Cuando escribo de eso, cuando recuerdo, cuando hago inventario de todo lo bueno que guardo en mi alma, la pluma travesea en las cuartillas, baila tango, bebe limonada y luego, después de la faena, se hecha á dormir y á roncar.

Hé aquí la historia que tegí, mientras el criado sacudía mis libros y arreglaba mis periódicos y el sol jugaba con las flores de las macetas recién regadas del balcón.

¡La callecita aquella! Angosta, mal empedrada, llena de hierbas, fija ha quedado en el kaleidoscopio mágico de mis recuerdos! Un barrio apartado, solitario, habitado en su mayoría por la gente del bronce, la de escote burdo y el saco de *jer-ga*, el rebozo de hilo y el pie descalzo; y en un rincón, frente á la esplanada arenosa de una plazuela, un caserón encajado, de tejas rojas y de altos balcones resguardados por fuertes barandales pintados de un rabioso color verde. Allí vivía *ella*, es decir, mi novia. Yo iba al Liceo y estudiaba segundo de los cursos preparatorios. Tenía once años. Era un gandul. Faltaba á clases seis veces por semana y jamás daba una lección ni presentaba mis muestras de escritura ni sacaba jamás notas buenas. El amor me tenía fuera de mis casillas. No pensaba más que en irme al barrio, á pasearle la calle á Blanca. Se llamaba así. Blanca! Precioso nombre. Y la chica no *era* peor. Era blanquita, menuda, nerviosa, de cabellera ne-

gra, de unos ojazos color de aceituna madura y boca roja y sonrisa de ángel y mirada de... ¡Oh, por Dios!... A las ocho, mientras los clarines del cuartel cercano daban los toques de ordenanza, me apostaba en la esquina del colegio para verla entrar, darle una flor, echarle un requiebro ó deslizarle un billete, protegido por la sonrisa benévola de la sirvienta, que protegía nuestros amores y se divertía con nuestras sencilleces. Ah! ¡La impaciencia del que espera! Con una florecita en el ojal, puesto en garra el brazo izquierdo, recostado en el poste tosco de la farola de gas de la esquina con un cigarrillo entre los labios y los libros y cuadernos metidos en todos los bolsillos del saco, estaba en espera. Allá venía. La distinguía á lo lejos, caminando ella adelante, con paso menudo, bajo el ala tornasol de la sombrilla. A dos pasos atrás, marchaba la criada, llevando envuelto en el *rebozo* negro, oliente á aceite quemado, los libros y cuadernos.

Allí era lo de prepararse; pasaba una revista á mi traje. La flor en el ojal estaba bien puesta, los zapatos lustrosos, la corbata azul, flamante, el chaleco de dril, albo... Todo bien! Ya llegaba ella. Yo veía sonreír á la criada, con sonrisa picarona y ojos traviezos; como queriéndole decir á Blanca: "allí está." Y la veía pasar, y la veía tocar el llamador de hierro del pezado zaguán y entrar. La criada me decía casi siempre, sonriéndose: "Blancquita, le manda saludes", "que le manda esta flor," "que la espere aquí á las once." Y yo me iba después, al colegio unas veces, otras (casi siempre), á buscar á *Tigris*, *Chorlito*, *Tacuacín*, *Pistón*, para irnos á *capiar*, á esas correrías que ya he pintado en *Mis buenos tiempos*, con pluma empapada en la tinta de mis ilusiones muertas.

A las once en punto, estaba en la esquina; pero ya no solo, pues todos los novios de las chicas, que salían diez minutos antes que ellas del colegio, se iban á esa esquina, á verlas, á ser vistos por ellas. ¡*Dan... dan... dan!* Oíamos alborozados los tres campanazos que daba, dentro del edificio, la celadora, indicando la hora de salida, y de pronto, nos sorprendía la algazara de voces y risas del grupo de muchachas que salía. Desfilaban todas. Julia, la novia de Jesús; Anita, la de Juan; Clara, de Arturo; Eugenia, Elvira, Rosa, todas. Del brazo de una amiga, cogidas como señora seria, riéndose y conversando, Blanca, la mía. Y nos íbamos detrás de ellas, á cinco pasos, hablando fuerte, riendo, fumando, procurando hacernos ver por ellas. De cuando en cuando la pareja volvía á ver, nos sorprendía en el acto de enviarles (el novio de la compañera y yo), un beso de amor con la punta de los dedos. Las dejábamos hasta la cuadra cercana á la casa de Blanca. Ellas nos despedían con una sonrisa ó con una mirada profunda. ¡Cuidado si los papás se imponían de nuestros amores! Sería el colmo! Y por la tarde, á las cinco, otra vez á la esquina del colegio, á verlas salir, á seguir las. A las seis, á la hora del crepúsculo, comenzaba la ronda. Blanca, estaba siempre en el balcón. Le paseaba la cuadra que era un contento; y ese era mi mayor gusto. Me apostaba, á veces, en la esquina, para

hacerle señas con el pañuelo. Era amigo de todos los moradores de esa cuadra y todos me llamaban el "novio" y se reían de mí á sus anchas. ¡Hasta ahora lo comprendo! Me gastaba, algunas tardes, el lujo de comprar un real de flores ó manzanas, y se las enviaba con Lola, la criada confidenta. ¡Qué buena muchacha! Yo la quería mucho. Era *feíta* la pobre... pero qué importaba. Era la que me llevaba los recados, la que me traía sus encargos. ¡No la he vuelto á ver! Tal vez se haya muerto.....

Así pasaba la vida, una vida deliciosa. En mi alma, queda guardado ese mundo de recuerdos... ¡Hace tanto tiempo! Y ahora tengo veinte años!

No sé cómo olvidé á Blanca. Si. Lo ignoro. Pero un día no sentí ya ganas de ir á verla salir del colegio á las once; luego, por la tarde, no le recorrí la cuadra. Vi con indiferencia sus esquelitas, que ya me parecían torpes, mal escritas. Metí sus flores en mis libros, para señales y dos listoncitos y un guardapelos que ella me había regalado, se las dí á la hija de la cocinera de mi casa. Ese día fue cuando me puse pantalones largos y mi padre me regaló un reloj. Me creí degradado haciéndole el oso á una chiquilla de doce años, que aun no sabía multiplicar quebrados ni conjugar el verbo Amar, yo, que iba ya en camino de ser una persona formal.

Cuando veo á mi primera novia, siento que dentro del pecho me late con fuerza el corazón y á mis labios asoma una sonrisa... Blanca! ¡Oh, mi amor primero! ¡Mi musa adolescente y blanca! ¡Mi "novia sin engaños"!

ARTURO A. AMBROGI

Odor di femina

A *Anthero de Figueiredo*

Era austero y sesudo: no existía
Fraile más ejemplar en el convento;
En su escuálido rostro macilento
De lágrimas un poema se leía.

Una vez que en la extensa librería
Hojeaba triste un libro amarillento,
Cayó, conculso y torvo, de su asiento,
Sin vida en la marmórea losa fría.

De qué el fray moriría?—No hay historia
En el claustro que de ello haga memoria,
Y velan la verdad misterios hondos;

Mas cuentan que un biblófilo comprara
El libro extraño, y que, al abrirlo, hallara
Unos cabellos de mujer muy blondos....

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

Oro

Pasaron ante ti los adoradores de tus gracias, y todos obtuvieron una sonrisa tuya, pero ninguno tu amor.

Confundido entre la multitud pasé yo, enamorado de lo bello, y al verte me enamoré de ti.

Entre el estruendo de tus triunfos, pulsé mi arpa, cuyas notas me habían abierto corazones y almas; y en esa especie de locura sublime, llamada inspiración, creí que ya era mío tu amor.

Cuando cesó mi canto, ví con tristeza que sólo esa sonrisa, la sonrisa de todos, era mía.

Entonces busqué en mi arpa la cuerda fúnebre para cantar mi duelo, y el ala negra del genio del dolor tocó mi frente; y algo extraño sentí en todo mi sér.

Arrobado, tuve una alucinación, como un ensueño.

En mi redor había perfumes deliciosos; mis ojos fueron heridos por un deslumbramiento: era una mansión extraña, por lo rica, en la que yo me hallaba. Y todo eso era mío: mucho o o, mucho oro....!

Entonces pensé en ti; y fuí á buscarte, no con el arpa inútil é impotente. Y te llevé á mi extraña mansión: viste por doquiera la riqueza y el lujo.

En tus ojos brilló un fulgor indefinible; en mi pecho aleteó una esperanza.

Y cuando te dije:—"Mira, esto es tuyo",—el asombro borró en tus labios la sonrisa de todos; y en ese instante nacía en tu alma el amor!

Entonces ya era digno de ti!

ERICO.

Monólogo de Oneguino

(Personaje del poema de Puckchine)

A Isaiás Gamboa.

Yo no los veo, pero en torno mío
Los carceleros del Destino, plegan,
Genios llegados de la Noche, el ala,
Para hacer misteriosa centinela.

No los veo, les oigo. Sé que espían
Mis terrores, mis ansias y mis fuerzas;
Mis esperanzas, mi ambición, mis dudas;
Mis dolores, mis lágrimas secretas.

Y á diestra y á siniestra; donde el paso
Nuevo, atrás y adelante, me rodean,
Prisionero de guardias invisibles.
Sus alas hacen roce en las tinieblas.

Cuando lloro, se ríen; á su risa,
Que es algo de extrahumano que me hiela,
Mi corazón retarda sus latidos,
Mis lágrimas ardientes se congelan;

Y si río, sarcásticos lamentos
Que mi risa fatídicos remedan
Clavan un dardo en mi alegría; entonces
El llanto es burla; la ironía queja.

Y el mundo se disuelve como bruma,
Los hombres son fantasmas, y la tierra
Rueda por los espacios arrastrando
A los abismos mi alma prisionera.

Sí; son los carceleros del Destino
Que el paso en torno por doquier me cierran;
Que ahuyentaron á mi Angel de la Guarda;
Que á su Señor terrífico me entregan.

Y él pesa sobre mí con las montañas,
Me habla en el bosque ó calla con la piedra;
Me alarga sus mil brazos con los árboles;
Hormiguea á mis plantas con la hierba;

Silbo en el viento, sueño con la nube,
Incendio en el crepúsculo, demencia
En las olas del mar, luto en el cielo,
En la luz es mortaja, en las estrellas,
Cirios.

Los carceleros del Destino
Hablan en torno misteriosos; vuelan,
Agitando las alas como buitres
Que hallan su Prometheo y lo hacen presa;

Y al redor de mi cuello, de mis manos,
De mis pies, han pasado las cadenas
Que penden de las cimas del abismo,
Se ligan á mi cuerpo y lo sujetan.

Luego, bajo el obscuro firmamento,
Rechinan en la sombra las potencias,
Se ríen los verdugos invisibles,
Crujen mis huesos.

Al que en esta prueba,
A pesar del Destino poderoso,
No lo abandonará la Providencia,
Es á aquél, que en su pecho destrozado,
Asesinó, al nacer, á la Blasfemia.

F. GAVIDIA.

—***—

Las ninfas burladas

Á Arturo A Ambrogí.

—¡Bienvenida sea la diosa Primavera, la que
esmalta de flores los campos y llena de alegría
nuestras almas!

Así exclamaban las ninfas danzando, bulli-
ciosamente, con sus piecitos sonrosados y des-
nudos, sobre la alfombra de flores de lis que la
diosa había regado con profusión sobre la verde
grama de la llanura.

Y los mirlos y los giljeros trinaban dulcemen-

te, columpiándose en las ramas de los árboles floridos. Las torcaces se arrullaban con ternura, y de lo más espeso de las frondas las auras traían, juntos con los ecos de músicas salvajes, los perfumes más raros y deliciosos.

De repente las ninfas cesaron de bendecir á la Primavera, y vino á reinar el más profundo silencio.

Allá, abajo, en el Valle de los Lirios, se divisaba una anchurosa corriente, en cuyas ondas azules chapuzaban alabastrinos cisnes.

Las ninfas todas dirigieron la vista al lejano bosque en donde parecía tener su origen la corriente.

—¡Oíd, oíd!—exclamó la mayor—Alguien canta en el Bosque de los Ensueños.

—Sí sí—respondieron todas—Es un himno acompañado de los mágicos acordes de las arpas, de las flautas y de las liras... oíd, oíd!.....

Descendamos al valle. La maga del Bosque de los Ensueños nos hará gozar de inefables delicias.

Y corrieron como locas, buscando las márgenes de Río de los Encantos.

Llegaron. Todas sonreían alegres.—Mirad, mirad!—dijo Safira, la más joven de las ninfas!

Al oír esta exclamación, todas volvieron la vista hacia donde Safira señalaba, y empezaron á bailar, repitiendo: “¡Espléndido, encantador, sublime!”

Y la Ilusión avanzaba en su góndola de rosa y oro, tripulada por geniecillos alados, niños rubios y desnuditos que, al compás de los acordes de la orquesta y al rumor de las olas, cantaban y bogaban á un tiempo con sus grandes remos de plata, que brillaban como espejos á la luz del sol.

Escoltando la góndola, venían los trovadores montados en enormes cisnes blancos, y entonando arrobadores cánticos á la Maga del Bosque de los Ensueños, que les había prometido conducirlos á la Isla de la Felicidad.

La góndola se detuvo frente al grupo de ninfas.

Los trovadores cantaron, al son de las guzlas y de liras, el himno de la Esperanza, y luego la Ilusión, quitándose el gorro azul, recamado de piedras preciosas, exclamó:

—¡Salve hermosas ninfas! os llamé, desde que salí del bosque, sólo para haceros ver la imponderables dichas que os esperan. Ese himno que acabáis de oír es el Himno de la Esperanza, himno que en pos de mi barco, é inspirados por mí, entonan, al son de sus dulces instrumentos, los poetas sentimentales y los tiernos trovadores. Venid, acercaos. [Los alados remeros trasladan á las ninfas al barco]. Tomad cada una de vosotras un cristal de estos, que sólo yo poseo, y mirad, á través de ellos, aquella isla que á la simple vista apenas se percibe.

Las ninfas tomaron los cristales, ansiosas de ver cosas nuevas, y siguieron las indicaciones de la Maga, quien les preguntó con sonrisa de triunfo: “¿Que véis?”

—Yo veo—dijo Safira—una isla encantadora.

—Esa isla—interrumpió Ilusión—es la que habita la Diosa de la Felicidad.

—Los que viven allí deben quererse mucho! —exclamó Aminta, la ninfa morena, la de los ojos negros y grandes.

—¡Mucho! ¡mucho!—afirmó la maga. Reparad cómo se abrazan, cómo se besan, que caricias las que se hacen! ¿No miráis á apuestos galanes que, después de colocar guirnaldas de azahares en las cabecitas de las ninfas, las besan con timidez en la frente, y ellas, pálidas por la emoción, se abandonan en brazos de sus amantes, quienes las estrechan apasionados y confunden sus almas con las de ellas en prolongados besos?

—¡Ah, qué dicha, qué dicha!—repitieron las ninfas en coro.

—Pero interrumpió Amira la ninfa rubia—decidme ¿y esa dicha, esa felicidad es duradera?

—No temáis, dijo la maga del Bosque, vuestra ventura será eterna. [É hizo una señal á los geniecillos, quienes tomaron á las ninfas y las colocaron de nuevo en la margen de la corriente]. Yo no puedo llevarlos—prosigió—pero pronto pasará el Amor en su góndola de perla, y él os llevará. Ya se acerca: la bandada de mariposillas, que siempre le precede, despunta ¡Schists, schists!... desplegad las velas, el viento nos es propicio. ¡Adiós, bellas ninfas!

Izáronse las velas sonrosadas y pusiéronse en movimiento los geniecillos, y el barco se alejó con rapidez por la corriente.

Los poetas y los trovadores, entonando el Himno de la Esperanza, se alejan, cabalgando en sus enormes cisnes blancos.

—¡El es, él es! el Amor!—gritó Aminta, la ninfa morena.

—¡Bienvenido sea!—respondieron todas saltando de contento.

Y la góndola de perla, tachonada de esmeraldas y zafiros, con sus celestes velas desplegadas en sus mástiles de oro, avanzaba majestuosamente. Detúvose frente al lugar donde estaban las ninfas.

—¡Es casi un niño!—exclamaron éstas asombradas. ¡Y qué hermosos! Lleva alas de mariposa. Sus ojos son de color de cielo, sus cabellos del color de las espigas y su rostro de color de las manzanas. Los pajarillos se le suben á los hombros y él los besa, y las torcaces se arullan á sus pies.

—¡Salve, bellas ninfas!—Dijo el Amor inclinándose graciosamente. Vengo á llevaros á la Isla de la Felicidad. Supongo que ya tenéis noticia de ella. La Ilusión, mi precursora, os habrá mostrado unos cristales, que sólo ella posee, y á través de ellos habréis visto ese mundo de placeres que allí se encierra.

—Sí, sí—interrumpieron todas—llevadnos, llevadnos.

—Bien Subid, subid—dijo el niño de las alas de mariposa—y se inclinó para dar la mano á la ninfa rubia; ésta reparó entonces que llevaba flechas, y asustada, retrocedió murmurando: “Yo no quiero que me hieran el corazón..... Amor”

lleva flechas. No: mejor me voy á mis frondas, á tener confidencias con los pájaros y con las flores y á soñar, recostada sobre el césped de la llanura, con amados invisibles, que no hieren el alma en pago de besos embriagantes. . . . Mi amor el amor que yo quiero es así. . . . [y estendió los brazos hacia el cielo] así como esa bóveda azul. . . .”

Y corrió á internarse en la espesura de los bosques vecinos.

—Pues yo sí—dijo la morena apartando á sus compañeras—yo sí, quiero ir á todo trance á la Isla de la Felicidad. Quiero gozar de las delicias que el Amor ofrece. Yo desprecio ese amor de que habla Amira, amor ideal, amor de ensueño, amor que no es amor. Yo quiero amor verdadero, amor real; quiero sentirme en brazos del que ha de ser el dueño de mi alma y saborear la miel divina de sus besos. . . . No importa que el Amor me hiera, ¡no importa! yo pagaré esas heridas con besos embriagantes. . . . Dame la mano Amor.

Amor sonrió con aire de triunfo, y se inclinó para darle la mano á Aminta, quien subió ligeramente.

—¡Aparta! ¡aparta!—gritó un viejo de cabellos luengos y barba blanca. Yo soy el Tiempo, quiero pasar en esa barca.

—Baja, Aminta, baja—exclamaron todas á la vez. No vayas junto con ese viejo tan enorme. Esperemos el regreso de Amor. Dejad al Tiempo que pase. Después iremos todas juntas á la Isla de la Felicidad.

—Vanas serán vuestras esperanzas—respondióle Aminta—Ese regreso será muy tarde, cuando ya no tengáis valor de entregaros á la corriente.

—Rema, rema! rugió el Tiempo, y viendo que el barco caminaba despacio, el viejo tomó los remos, y la góndola parecía volar.

Las ninfas esperaron, en vano, largo tiempo. Amor no volvió. . . .

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO

Louis Le Cardonnel

De esto hace ya varios años.—Yo estaba sentado junto al fuego, cierto día de noviembre, con un libro de versos entre las manos, cuando alguien vino á llamar á mi puerta.

—Adelante—dije.

Y entró en mi habitación un hombre joven, que después de saludarme ligerísimamente, se puso á examinar con verdadera insistencia mis pobres muebles, mis cortinas marchitas y mis dos ó tres litografías.

Su aspecto era simpático: sus ojos azules tenían algo de ternura dolorosa; su barba rubia hacía pensar en los Cristos jóvenes de las vidrieras antiguas; sobre sus labios espirituales vagaba una sonrisa amable y dulce.

Al ver que no decía una palabra, me decidí á preguntarle lo que deseaba.

Él me respondió:

—Yo he vivido varios años en este mismo cuarto. . . . Aquí fue donde pasé mi verdadera juventud; aquí fue donde hice mis primeros versos. . . . Esa cama donde usted duerme ahora, fue en otro tiempo mi cama; ese sofá fue mi sofá; esas aguas fuertes fueron mi museo. . . . Cuando hacía frío, me sentaba al lado de esa chimenea; cuando el Sol era ardiente, me asomaba á esa ventana. . . . Luego he vivido en otros muchos hoteles, pero ninguno ha dejado en mi memoria un recuerdo tan vivo como éste. Es porque aquí fue donde cumplí los veinte años. ¡Ah, mi antiguo cuarto! . . . —Por eso ayer, al decirme Charles Morice que usted era su amigo, formé el propósito de venir á hacerle una visita. . . . Tal vez he sido indiscreto.

—¡Oh, no! de ninguna manera; siéntese usted.

—Después de todo, creo que nosotros no somos enteramente desconocidos, puesto que tenemos varios amigos comunes. . . . Me llamo Louis Le Cardonnel; usted conoce, tal vez, mi nombre.

¿Luis Le Cardonnel, el poeta místico, el autor del *Sueño de la Reina*, el cantor de las rosas sagradas y de los niños vírgenes? . . . ¡Pues ya lo creo que le conocía! Más que conocerle: le admiraba. Su nombre me era familiar y sus versos me habían proporcionado muchas sensaciones exquisitas. Cuando mi alma recibía una herida profunda en el combate de la vida; cuando mis nervios se destemplaban; cuando las ilusiones sacudían dentro de mi cerebro sus alas color de rosa amenazando abandonarme; cuando estaba triste, en fin, ó cuando estaba enfermo, leía con unción sus santos epitalamios ó sus ruegos ideales, y en ellos encontraba una fuente pura de místicos consuelos.

Así se lo dije—Él se sintió conmovido ante el entusiasmo lírico de mis veinte años, y me tendió la mano.

Desde entonces fuimos amigos.

Durante seis meses no dejamos de vernos un solo día. Por la tarde, nos juntábamos en el café de Francisco I, para tomar el ajeno, y muchas veces pasábamos la noche en vela, en el fondo de algún *cabaret* hospitalario, diciendo versos y contando anécdotas.

Le Cardonnel era entonces uno de los más agradables conversadores que he conocido en mi vida. Todo lo que salía de sus labios tenía una gracia especial. Su frase era sencilla, pura, gráfica encantadora. En sus anécdotas había siempre abundancia de detalles, pero no sobra de palabras. Y como además de ser un *causeur charmant*, era un sabio verdadero, podía hablar varias horas seguidas, sin aburrir á sus auditores. Generalmente, sus “conferencias de café” versaban sobre asuntos místicos. La vida de los santos era uno de sus temas favoritos. Oyéndole,

se aprendía más que leyendo *El Año Cristiano*.

También solía contar la historia de su propia vida. Una noche, después de haber tomado varias copas de ajenjo, me dijo:

—A los veinte años, yo era, como tú, un horrible pecador. Mis padres me remitían cada mes algún dinero, con el cual me bastaba para pagar á mi patrona y para emborracharme todas las noches. . . . ¿Qué más. . . . Mi carne creíase entonces muy dichosa porque podía hartare de placeres. Mi alma, en cambio, era muy desgraciada.—Tenía dos enemigos: el primero se llamaba alcohol; el segundo mujer. Contra el primero pude siempre luchar, y á veces le vencí porque era uno solo; contra el segundo no había medio de luchar, porque era una legión. . . . Si; una legión inmortal: la misma que mató á Baudelaire, la misma que va á matarte á tí, la misma que atormenta á Felicien Rops, la misma que peleó contra San Antonio, la misma que se está adueñando del mundo entero en este tiempo maldito. . . . Para librarse de ella, no hay más que un medio: refugiarse en la casa de Jesús. Yo me refugié en ella por necesidad. . . .

—¿Y cómo?

—¿Quieres saberlo? Pues bien; oye atentamente. En cierta ocasión llegué á encontrarme en París sin un cuarto. Al principio creí que me sería fácil encontrar un empleo por cualquier parte. Busqué, busqué, busqué. Todo en vano. Los periódicos no querían recibir mis artículos; los editores no querían comprar mis poemas; los jefes de oficina no querían darme trabajo. Todo el mundo me cerraba la puerta. Entonces comencé á vender mis trajes y mis libros: á la hora del almuerzo un pantalón, y á la hora de la comida un diccionario. Por fin, una mañana, se acabaron los trapos y los papeles, de modo que tuve necesidad de acostarme sin comer. Al día siguiente salí á la calle, y después de andar sin dirección durante media hora, caí desmayado en la plaza de San Sulpicio. Unas pobres mujeres me recogieron y me llevaron á la iglesia. Al volver en mí, me encontré frente á un altar de Jesús, y sin saber lo que hacía, me puse á rezar. El Todopoderoso me dio valor: salí del templo y al cabo de unos minutos tuve el gusto de encontrar á Huysmans, que me andaba buscando para proporcionarme un trabajo agradable y productivo. Desde entonces soy cristiano. La virgen me salva de las malas entaciones y Jesucristo me da de comer.

Á pesar de la protección de Nuestro Señor, Le Cardonnel no se encontraba entonces muy bien, económicamente hablando. Tanto es así, que al fin tuvo necesidad de marcharse, como profesor, á un liceo de provincia,

Yo también salí de París algunos meses más tarde.

Dos años después volvimos á encontrarnos en la gran ciudad.

—¿Sabes?—me dijo al verme—he mejorado mucho en todos conceptos, primero porque ya no

bebo ajenjo, y en seguida, porque al fin he logrado encontrar el medio de vivir honradamente de mi trabajo, en París. Ahora ya no tengo que preocuparme de las necesidades materiales de la vida: hago una crónica cada semana para *El Partido Nacional*, y eso me produce lo necesario para comer todos los días. Además estoy preparando un libro destinado á la *Biblioteca de la Pluma*. Ven á verme, y te enseñare mis últimos poemas. Estoy rico y soy dichoso.

Al día siguiente comimos juntos, y vi, en efecto, que ya no bebía ajenjo. . . . pero que en cambio tomaba biter.

—Eso te hará más daño que lo otro—le dije.

—No—me respondió;—el biter es muy bueno para el estómago; por eso *suelo* tomarlo. . . . Además, necesito algún estimulante fuerte para trabajar; si no fuese por las bebidas inofensivas que me templan los nervios, me sería imposible hacer versos como éstos. Y me leyó, con su hermosa voz de baritono, las estrofas siguientes:

“¡Un país más lejano que la antigua Atlantis!—El horizonte está limitado por una floresta de lirios,—que se confunde, perfumada, con las nubes agonizantes.—Los efebos, dejando sus cbelleras sobre sus puras frentes, van hacia la penumbra, adorablemente desnudos—y van hacia los valles de los espíritus desconocidos. . . —¡Ah, sin embargo, son hijos de la Tierra!—En la Tierra murieron lentamente, desesperadamente, solitariamente;—pero desde que sus carnes son ideales—desde que son súbditos de la Muerte, todo cambió.—Y ellos suben al inefable paraje—en donde una limpida estrella, al levantarse palpita—como un corazón recogido que arde en fuego casto.”

—¿Te parecen “buenas”?

—Me parecen deliciosas, admirables. . . .

—Pues son hijas del biter.

—No; son hijas de tu genio.

—Si supieras que desde hace algún tiempo ya no tengo genio en ayunas, no diriais eso. . . . Adiós.

—Adiós. Vén á verme uno de estos días.

—Hoy es jueves; mañana voy á la redacción; espérame el domingo.

El domingo, en efecto, fué á visitarme, á eso de las once de la mañana.

—¿Has ido á misa?—me preguntó al entrar.

—No; aun ne he ido.

—Es necesario que vayas en el acto.

—Hoy no puedo, porque tengo muchas ocupaciones. Mira esa multitud de cartas que está sobre mi mesa. . . tengo que contestarlas en seguida.

—Vanidad de vanidades. Yo, en tu lugar, lo dejaría todo y me iría á Santa Genoveva; que está muy cerca. . . . En la iglesia se olvidan los pesares y se curan los males: la sombra tibia de los ecos sagrados refresca el cerebro; el resplandor de los cirios disipa las sombras de la tentación; el perfume del incienso embalsama el alma; el dedo rosado de la Virgen enseña la ruta del bien. . . . ¿Por qué no vas á misa?

—Ya te lo he dicho, porque estoy ocupado.

—No, no, no es por eso; tú te has vuelto malo; las mujeres te han echado á perder.... Hace dos años siempre me hacías caso; hoy ya no.... ¡Cuánto has cambiado!....

* *

El que había cambiado, realmente, era él: sus ojos brillaban de un modo singular; sus labios se contraían á cada instante; su palabra se había vuelto dura.

—¿Estás enfermo?—le pregunté.

—No—respondióme.

Luego se quedó callado, contemplando melancólicamente el humo de su pipa, que subía con lentitud, formando nimbos blancos en derredor de su cabeza mística.

Al cabo de cinco minutos volvió á decirme:

—¿No vas á misa?

—No, á misa, no; pero iré esta tarde al sermón.

—¿De veras?

—Si, de veras.

—¿A qué hora?

—A las tres en punto.

—Bueno; yo también iré para verte. En el fondo tú no eres malo, pero te dejas seducir por las mujeres, y eso te arruina. Sé fuerte como yo; lucha como yo, y cuando sientas que tu enemigo va á triunfar, escóndete en un atrio: allí encontrarás á San Miguel con su espada divina, en actitud de defenderte....

* * *

Dos dias después me dijeron que habia tenido un ataque de epilepsia y que el noble autor de *La Passante* le habia llevado á su casa para curarle.

Hoy he sabido que ha muerto.... Si, que ha muerto para nosotros: que se ha hecho fraile, y que acaba de entrar en un convento de trapenses de Tours.

¡Pobre gran poeta!

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Alborada

Hundía el sol su disco de topacio
Tras de la azul montaña;
Mi amada y yo en el jardín veíamos
Las azucenas blancas.

Las azucenas, que por ser como ella
Alegres la miraban
Y le ofrecían de su dulce seno
La púdica fragancia.

Hasta entonces tan sólo era un secreto
De nuestro amor la llama
Y en nuestros labios, mudos, temblorosos,
Moría la palabra.

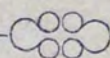
Yo la veía como ve la fuente
La bóveda azulada
Y en un momento de feliz impulso,
Besé su frente pálida.

Abrió sus brazos hacia mí, convulsa,
Y le rodó una lágrima,
Mientras su labio balbuciente dijo:
"Te amo y soy tu amada."

Y cuando el disco de topacio, oculto,
Quedó tras la montaña,
Sentí en mi sér la aparición sublime
De espléndida alborada

SALVADOR DIAZ.

Izalco, julio de 1895.



Viñeta

Para F. García Cisneros.

Un rinconcito adorable: como un nido de sedas y encajes, cálido, lleno de un aroma suave de violetas marchitas, para una blonda muchachita histérica que estuviera en agonía.....

Tapices color de cielo otoñal. Cortinajes lila, bordeados de blondas espumosas y blazonados de rojo y azul. Ricos cuadros; mármoles valiosos; broncees indios, terracotas, cristales. Sobre un velador de laka, puro Kioto, un busto de mujer, de albo mármol: Elsa. Canapés de seda amarillos, flamantes; confidentes, escabeles. Sobre una consola, una rica luna de Venecia, oval, de marco cincelado, en que la luz ríe y jueja en llamas travezadas. Los tapices están matizados de chucherías; máscaras de *ritus* horribles, cuadritos de género, porcelanas, lakas, paletas españolas,.... Por todas partes flores, muchas flores, en jarrones de porcelana, en tarros de alabastro. En un extremo; un Ebans, abierto, lustroso, que muestra su teclado riente, inmaculado.

Junto al balcón abierto lleno de jaulas de pájaros y frondosas macetas de flores, hechada indolente en un *chaise longue* de seda color de azahar, una mujer linda, menuda y nerviosa, hojea un libro á la rústica, una rica edición Richard, cuya carátula satinada de color salmón ostenta letras de un azul subjetivo. Corta las páginas, nuevas y olorosas, con una plegadera chinesca de tallado fantasmagórico y hace correr los folios, con travezura, entre sus dedos sonrosados, entretenándose con ver el confuso galope de las letras.

CONDE PAÚL.



Flores nuevas

Su manto esplendoroso y sonrosado
Con movimiento vagaroso iba
Tendiendo ya suave,
Tras la verdosa cima,
El alba triunfadora,
Mientras que lenta y pesarosa huía
La negra sombra de pasada noche,
En medio á las hosannas vespertinas
Con que saluda Fauno
A las nubes doradas y rojizas,
Nuncios del día nuevo
Que en el oriente emprende su partida.

En su vapor de gasas
Construido en etérea sedería,
Galante mensajero, el Favonio,
La grata nueva de la Flora india
Raudos nos ha traído
Desde lejano clima.

Tendremos Primavera,
Nuevas rosas y lilas,
Y nuevos los geranios perfumados,
Y bellas margaritas
Adornarán tu cesto,
¿Verdad, verdad, María?

ADOLFO MEDINA G.

Mi mejor verso

Muy empeñada en fabricar estrofas
Una vez sorprendí á mi dueño amado:
Muchas brotaban de su mente locas;
Pero muchas también con verso alado.

—¿Qué escribes?—pregunté—Yo, escribo un verso—
Me dijo rebotando de alegría.
(Mi rubia llama verso... todo aquello
Que nosotros llamamos poesía.)

Iba soltando líneas una á una,
Mas súbito me dice con inquieta
Y armoniosa voz:—Toma la pluma
Y escríbemelo tú que eres poeta.

Tomé la pluma y me quedé temblando:
No hallé la inspiración, y sin conciencia
Su mano fui á besar, desesperado,
En medio del dolor de la impotencia.

Después que corrió el tiempo he comprendido
Que mi verso más noble, por lo humano,
Es el verso que acaso lleva escrito
Mi adorada en el dorso de su mano.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

De nuevo

A tí.....

Un día estaba triste, muy triste, y lejos, muy lejos, de la patria querida, allá en un país brumoso y frío, cuyos ríos guardan poéticas leyendas y en cuyas montañas viven grupos de sátiros y ninfas, y donde los faunos tocan flautas de cristal y zampoñas que dan notas algunas veces alegres para entonar el himno jocundo de la primavera, y otras tristes para llorar con Ilsa la partida del amante enamorado.

Soñaba con todos los encantos y atractivos de esta tierra idolatrada, y luego pensaba en ti y en la perspectiva de una encantadora sonrisa de tus labios que como libélula azul atravesaba mi cerebro, alejaba por completo, como un iris, la tempestad que en mi alma desataba el desaliento, y ese iris de paz, esa sonrisa tanto tiempo apetecida, la he vuelto á ver en el cielo azul de mi ideal, y ha venido á llenar el gran vacío de mi alma.

Te he vuelto á ver, y ante ti, como los príncipes de las leyendas, he caído de nuevo arrodillado á tus pies, y he vuelto á ver en tus labios esa mágica sonrisa que aleja las tempestades de mi corazón.

Tú sintetizas para mí la realidad de mis ideales; tú eres la virgen de Osián tanto tiempo soñada por mi loca fantasía; tú eres quien reinas en mi ardiente imaginación.

En ti se esconde todo un poema de amor y luz, tú dejas como Ofelia rastro de flores por doquier que pasas y huella de suavísimos perfumes mezclado con el acíbar de mis lágrimas y en cada uno de tus pasos bordas una rima y pisas corazones; pasas, y, como visión gentil, dejas el recuerdo de un ensueño; pasas, y, á tu paso el geniecillo de los amores teje finísimas redes con las miradas y los suspiros de tus admiradores; pasas y con el aroma de tus excelsas virtudes, dejas sumida mi alma en una somnolencia divina; pasas y ante ti quedo cantando el himno triunfal de tu belleza.

ISMAEL G. FUENTES.

—Escribir á la persona amada, es la cuarta parte del placer; recibir una carta suya, es la mitad; el resto es ver á la persona.

—El ideal de una mujer soltera es el casamiento. La mayor parte de las mujeres se casa por casarse, por temor á ser enterradas con palma, por amor propio y por envidia.

A. LLANOS.

Imprenta Nacional.